

es el héroe, el arquero que lanza sus tiros al blanco. Los dioses fraternizan en la cuna, ó más bien, es un mismo Dios el que á todos se manifiesta, sobre las altas cumbres, en la zarza ardiendo. Los Elohim de los hebreos, los principes del cielo de la Caldea, los querubines que con la espada de fuego guardan los umbrales del eterno azul, los ángeles radiantes de los persas, distinguense apenas de la familia de los albas indios, de esos reyes del aire que traen con el himno matinal las puras contemplaciones. Indra y Jehová habitan asimismo, más allá de toda inmensidad, la misma morada, y es la luz su vestidura, su mensajera, su mansión, su palabra, hasta su mismo ser, de modo que uno y otro se confunden, hacia los confines del éter, por encima de la muchedumbre de los patriarcas desvanecidos y prosternados, en el seno de una misma unidad, en el mismo torrente increado de esplendor y de vida.

¡Perfume del mundo naciente, rocío aun no violado, primicias de los días nuevos, montaña santa, de donde los santos himnos emanan! ¿Dónde estáis? ¿Qué camino conduce hasta vosotros? ¡Blancura incorruptible, alba sagrada, luz de las luces! yo os llamo, como nuestros padres os llamaban. Ellos contemplaron vuestro brillo; yo sólo veré vuestra sombra! ¡Levántate en mi corazón, Aurora divina! ¡apresúrate! las horas pasan; la muerte se aproxima; la inmensa noche me rodea.

II

El génesis indio.—La revelación del infinito por el Océano

Siglos oscuros pasaron; el Dios naciente ha envejecido; el primer culto va á desaparecer. Llamado todos los días por los antiguos himnos, el sol, fiel hierofanta, ha conducido sin cesar las procesiones de los astros nómadas por los caminos del éter, y sin embargo, todo ha cambiado de aspecto. La vida patriarcal desaparece, y cansados al fin de andar errantes, detiéndense los pueblos en la morada que han elegido. Ya no hay pastores sin domicilio, vagando á través de interminables praderas, sino reinos formados por la unidad de creencias, reyes consagrados en estos Estados fijos, Nemrods indios que conquistaron la tierra para entregársela á los sacerdotes; solitarios y ascetas que (¡quién lo creería!) en el fondo de los bosques aun conmovidos por el ruido del carro de los vientos, muéstranse ya enojados de la figura de aquel mundo, apenas vislumbrado, y retirados por tanto en el fondo de aquellas Tebaidas primitivas; anacoretas, hijos del caos, que parecen contemplar su

último trabajo; el sacrificio del caballo de las razas guerreras, en vez del sacrificio completamente pastoril de la leche, la manteca y la miel; poco después, y casi sin transición, el sacrificio místico del hombre interior por el sacerdocio; el Dios de los pastores, en fin, eclipsado, absorbido y reemplazado por el Dios de los sacerdotes, sacrificador y víctima á un mismo tiempo: tal es la revolución que acaba de consumarse. ¿Qué cambios la han preparado? Preciso es hacer constar, antes de entrar en esta cuestión, que si bien los monumentos que acerca de ella existen son auténticos, los orígenes son casi un misterio, porque el genio del Oriente, ya por el deseo de rodearlos de prestigio, ya por impotencia real de distinguir épocas en un pasado demasiado uniforme, gusta siempre de atribuir igual antigüedad á todos los cambios religiosos. Así es que los Vedas comprenden bajo el mismo título la época de los patriarcas y la de los teólogos, del mismo modo que la Biblia confunde en el *Pentateuco* las tradiciones de Moisés con las de los levitas.

Después del asombro causado por la creación, era natural que naciese la necesidad de explicarla. Entonces el sistema reemplaza al himno, el precepto á la plegaria, y el culto del pastor es expresado, interpretado y transfigurado por el sacerdote, convirtiéndose lo que era instinto y poesía en el uno en reflexión y doctrina en el otro. El hombre, ese sofista supremo, disgustado ya de la

sencilla ingenuidad de sus padres y pensando que tan simples creencias no bastaban á llenar su ambición, comienza á enojarse de su pasado, y ya que de él no puede renegar, lo transforma. Su afán consiste entonces en refinar y pulir el nombre y la naturaleza del Dios de los patriarcas, convirtiendo el hambre y la sed que atormentaban al pastor en sed del espíritu y hambre de la inteligencia, y el alimento grosero, de que tan ávido se mostraba, en el fruto de las buenas obras. Para conciliar sus creencias de ayer con su nueva ciencia, extiende incesantemente el sentido natural por medio del sentido místico, deja de sentir para meditar, y gracias al don de una nativa sutileza, comienza á encadenar la vida humana, eliminando contradicciones y sustituyendo la letra por el espíritu. He aquí el origen de la doctrina incommunicable de todos los sacerdocios.

Al ver cómo en las religiones sucede á los dioses hambrientos de la época precedente el dogma del ascetismo, y cómo la tierra se divide entre ermitaños, ascetas y cenobitas, que buscan inaccesibles retiros para mejor desprenderse de la naturaleza misma, no parece sino que el hombre, al entrar en el mundo, espantado del don de la vida, la rechaza y aspira á huir más allá del caos, para concentrarse y engolfarse en el espíritu increado, abriendo, apenas nacido, un mundo de abstracciones y sumergiéndose, como un Aquiles niño, en las aguas de una Estigia espiritual. Y es tal y tan ex-

tremada desde la cuna esta metafísica y sutileza, que no habría modo de prestarle fe, si por una parte no excluyesen toda duda los monumentos escritos y no presentasen por otra un carácter semejante casi todas las sociedades en sus orígenes, pues precisamente las primeras cuestiones que la humanidad se propuso fueron las más grandes y difíciles, las que todavía hoy producen más ruido en el mundo. ¿De dónde ha salido este universo, que nos ha precedido un día? ¿Por dónde ha empezado la creación? ¿De dónde procede? ¿Adónde va? ¿Quién ha hecho la luz? ¿Quién ha hecho la noche? Estupor, asombro, inextinguible curiosidad, que casi en los mismos términos se encuentran en el principio de los Vedas de la India, del Zend-Avesta de los medos, de los Eddas, de los escandinavos. El hombre, sacado de la nada, se vuelve, mira hacia atrás, y ve sobre la faz de la Naturaleza desierta la huella de un Dios desaparecido, espectáculo ante el cual se agita y se turba, y siéntese arrastrado á buscar á aquel ser en lo invisible.

Pero si las dos épocas de aquellos primeros cultos se distinguen tan claramente como el instinto y la reflexión, las encontramos también indicadas en la India por rasgos especiales. Los lugares han variado; una escena nueva se abre para un Dios nuevo; desaparecieron ya las estepas y sitios elevados, donde el agua, demasiado escasa, faltaba casi siempre á los rebaños; donde el descubrimiento de

una fuente ó la posesión de una cisterna constituían un suceso digno de ser celebrado por los himnos, y donde una sed abrasadora atormentaba sin cesar al pastor y al Dios. En su lugar la imagen eterna de las olas extiéndese por todas partes, anunciando evidentemente un cambio de morada, y que el pueblo de los patriarcas ha descendido de los montes. El mar inmenso dilátase por vez primera ante la mirada del hombre, que bebe con ojos ávidos el espacio sin límites, y á la revelación por la luz en las altas cimas se añade ahora la revelación de lo infinito por el Océano en las orillas de los golfos. El mar primitivo aun no profanado por el remo; un desierto viviente, ni jamás mancillado ni nunca recorrido por viajero alguno; un cielo terrestre que se confunde más allá del horizonte con el éter incorruptible; un Ser inconmensurable, cuyo aliento gigantesco sucesivamente murmura, calla, vuela, se inquieta, se calma, adormécese y parece crear todo género de sueños: ¡qué misterio tan nuevo! ¡qué mensajero tan extraño del Creador! ¡qué fuente tan inagotable de formas, signos y emblemas divinos! ¿Cómo esta inmensidad perezosa, compuesta de cielo y tierra, mitad dormida y mitad despierta, sobre sí misma recostada, siempre antigua, siempre renovada, y cuya forma no es sino ilusión, vaguedad, olas, espuma, burbujas de agua, no había de ser revelación de una figura nueva de lo infinito? El nuevo Dios nace, en efecto, de su seno, y todas las armonías

de Brahma no son otra cosa sino las armonías mismas del Océano, hasta el punto de que él mismo se apellida el primogénito de las aguas (1), donde flota desde toda la eternidad sobre el cáliz húmedo de un loto, siendo sus ojos semejantes á la niña. Alma y perfume del Océano, vuela su palabra, exhalada desde en medio del mar sin orillas, como vuela la brisa, y es recogida al principio por tres solitarios hijos de las aguas, mientras que su pensamiento se balancea sobre las olas eternamente pacíficas, como una ilusión flotante ó eterna sirena, y el huevo del mundo sobrenada como el nido de un invisible alción. Estas armonías se nos presentan más notables aún si las comparamos con las del culto anterior, pues en la primera revelación el infinito brotaba y resplandecía rápido como el rayo de la aurora, y activo, diligente é instantáneo como el espíritu de la luz, mientras que en la segunda el húmedo Dios de las olas tiene, por decirlo así, el natural indolente del océano de Golconda, y muy lejos de sentirse devorado por la sed de Indra, bástase á sí mismo, siempre colmado, siempre harto, principio de todo y mezclado con todo, *como la sal con el agua marina*.

Este carácter tan original acaba de mostrarse y desarrollarse en el cuadro de la creación, que

(1) Narayana.—Mi origen está en las aguas. (*Colebrooke*, 33, 48, 75.) Su corazón está en medio de las aguas (pág. 139, etcétera).

nace de un sueño de lo infinito al murmurar de las eternas olas. Levántanse entonces los pensamientos de esa grande alma del océano inteligible, ruedan y se enlazan unos con otros, mientras el espíritu de las aguas, sin actividad ni voluntad, desfallecido por una languidez infinita, quédase medio despierto, abre sus dulces ojos de loto á la luz, y en esta primera mirada lanzada sobre sí mismo, produce todos los tipos del universo visible, hasta que, hundido de nuevo en profundo sueño, vuelve á desfallecer y el universo se deshace y cae otra vez en la nada. He aquí cómo el gran cenobita, el padre de los espíritus, por una contemplación íntima, á la manera de un sacerdote en su ermita y en medio de abluciones produce de dentro afuera el mundo de los cuerpos en los espacios del alma. ¡Cuán diferente del Dios de la Biblia, sacando la creación de la nada, como un emir en el desierto llama á su servidor en la entrada de su tienda! Nada hay, en efecto, del *fiat lux* en el génesis indio, y Jehová, que tanta semejanza tiene con Indra, el Dios espontáneo de la luz, no presenta con Brahma la más lejana, pues el genio indio tiende sobre todo á mostrar la meditación del Solitario de los mundos antes de haber producido su obra. Esta conversación del infinito consigo mismo, monólogo del espíritu en el abismo increado, palabra de la inteligencia pura en medio del silencio del no ser, abre aquel génesis de cenobitas que se anticipa un día al *Génesis* de Moisés, y en el cual

asistimos á las deliberaciones del autor de las cosas y creemos oír la última vibración de la eternidad en los umbrales del tiempo, eco de la voz que ha precedido al mundo.

«En el principio no había ser ni no ser, ni cielo ni tierra; nadie se hallaba contenido en la felicidad de nadie; no existían ni el agua profunda ni el abismo; tampoco existía la muerte, ni existía la inmortalidad. Pero Él vivía sin respirar, solo consigo mismo.»

Esta soledad infinita es seguida de una infinita tristeza y como de la primera pasión del Eterno, que se interroga á sí propio: «¿Quién soy yo?» Nadie, empero, le responde, y entonces apodérase de él un horror sublime al verse solo y perdido, sin compañero, más allá de los límites de toda vida, en el abismo del éter.

«Mirando en torno suyo, nada vió el Espíritu más que á sí mismo; tuvo miedo; por esto el hombre tiene hoy miedo cuando se halla solo. Entonces pensó: «Nada existe fuera de mí; ¿por qué temo?...» Y aquel terror alejóse de él; pero no sintió ninguna alegría; por esto el hombre está triste cuando está solo.»

Al terror sucede el deseo. El gran Solitario, el asceta por excelencia, anhela otra existencia que la suya propia, y aquel deseo, apenas nacido, se convierte en el germen de las cosas. El Dios se hace hombre bajo la figura del mundo, el sol es su mirada, los vientos su soplo, los rayos su cabelle-

ra, la tierra sus pies, los santos libros abiertos su palabra. Primera encarnación.

De este modo llena con su ser el no ser, y para colmar su propia soledad, recorre todos los grados de la existencia, desde lo infinitamente grande hasta lo infinitamente pequeño. Siempre deseando, siempre sustrayéndose á sus propias exigencias, forma con su propia substancia cada par de criaturas, desde el elefante hasta las hormigas y los más pequeños insectos, y cuanto más hondo cae, más se esfuerza en levantarse, en encontrarse, en rehacerse otra vez, todo entero, en la unidad del espíritu increado. Primera idea de la caída original. Pero para producirse en el mundo visible, él ha debido además dividirse y limitarse. Aquel Océano sin límites se ha dado á sí mismo orillas; aquel corcel celeste se ha puesto un freno; aquella alma sin partes se ha partido entre las diversas formas de criaturas, como los miembros de la vaca consagrada sobre el altar de los pastores, y de aquí la idea de que el mundo es un sacrificio permanente del Eterno. El infinito sufre en los límites de lo finito; el Espíritu tiene su pasión en los lazos del cuerpo; el Primitivo de los seres ofrécese á sí mismo en diaria oblación. Primera forma del sacrificio místico, en la que es Dios á la vez el sacrificador y la víctima.

Réstanos ahora ver cómo ese Espíritu, principio de todo, explica la muerte del mismo modo que ha explicado la vida. Más allá y enfrente del Dios

creador hay otro Dios que destruye cuanto el primero hace, y que ha guardado del culto de los patriarcas y guerreros el sentimiento del hambre y de la sed. Armado de dientes formidables, este Saturno indio aliméntase de sí mismo y devora cuanto produce. Por él las hojas se secan, la juventud se torna en vejez, los ríos son tragados por el mar, el año agotado acaba su carrera en el otoño, y de tal manera lo destruye todo, que si quedase entregado á sus propios instintos, muy pronto el mundo sería aniquilado. Mas surge entonces del mismo infinito una tercera persona, y ésta constituye el Dios reparador y mediador, que se transforma incesantemente para restablecerlo todo, á medida que el Dios de la muerte se transforma también para todo aniquilarlo.

Resultan, pues, tres formas de la existencia universal, creación, destrucción y renacimiento, representadas por tres personas del mismo ser: en la India, por Brahma, Siva y Vichnu; en el Egipto por Osiris, Tifón y Orus; en Persia por Ormuzd, Arhimanés y Mithra; en Occidente por Urano, Saturno y Júpiter: tres dinastías soberanas, que son en todas partes emblemas de la misma naturaleza eternamente antigua, eternamente muriendo, eternamente renaciendo. Primera forma de la trinidad. He aquí el trípode sobre que descansan todas las religiones de la antigüedad. Esta división se repite igualmente entre los modernos, creando Jehová el mundo de los sentidos,

aboliéndole Cristo y restaurándole, ya explicado, el Espíritu.

Encarnación, caída, sacrificio de Dios, trinidad: tales son, en efecto, los vestigios de aquel cristianismo primitivo, que conservados en rasgos admirables en el antiguo culto de la India, se encuentran por todas partes en el corazón del Asia. Por donde se confirma cuanto antes hemos dicho y anticipado, es á saber: que el Evangelio no fué sólo profetizado por la Biblia, sino que se encuentra también anunciado, preparado y figurado en el Antiguo Testamento, tanto de los hebreos como de la humanidad entera. De este modo se halla envuelto en el primitivo germen, sembrado en los surcos del abismo, el árbol espiritual que hoy da sombra al mundo. Para nosotros la vida religiosa, como la vida orgánica, se dilata en una sucesión indefinida de formas, que se contienen, engendran y anuncian unas á otras. Más allá del sacrificio del Evangelio, se percibe otro sacrificio; más allá del Calvario de Judea, un calvario más lejano; más allá de los profetas de la Antigua Alianza, otros profetas más antiguos, y más allá, en los últimos confines de la tradición, los patriarcas ya colmados de días, que reciben sobre el primer Tabor el primer Testamento del Eterno.

En resumen, el rasgo dominante y casi exclusivo de esta primera filosofía religiosa es el sentimiento del Ser, uno, soberano é inalienable, del que todo emana, y que está constituido por tres

personas divinas, ya reunidas ó separadas; inmensa afirmación de la vida universal, que por ningún otro pueblo fué nunca tan solemnemente proclamada. Esta conciencia profunda del Ser en sí, del absoluto é infinito, es la primera piedra en la fundación de la sociedad civil, siendo por tanto otra vez resuelta aquí la cuestión de saber por dónde debe comenzar la historia de las religiones. En el origen de las revoluciones humanas, la India es quien mejor que nadie realizó lo que pudiéramos llamar *declaración de los derechos* del Ser, indicando de este modo su verdadera función en la historia, pues que todos los dogmas no vienen á ser sino una consecuencia de aquel primer *credo* de la humanidad en la vida infinita. No conocemos culto alguno en la antigüedad que no se halle implícitamente contenido en esta profesión de fe que hace Dios ante sí mismo:

«Nada es más grande que yo. Como las perlas están suspendidas de los collares, así están los seres pendientes de mí. Yo soy la luz en el sol, la oración en los labios sagrados, el perfume en las flores, el brillo en la luz, la vida en todas las cosas y la eterna simiente del universo. Soy el Espíritu de la creación, su principio, su medio y su fin. Entre las especies soy la más noble; entre los astros soy el sol; entre los elementos, el fuego; entre los montes, el Himalaya; entre las aguas, el Océano; entre los ríos, el Ganges; entre las serpientes, la eterna serpiente que se anuda alrededor del mun-

do; entre los caballos, el que ha nacido de la espuma del mar; entre los conductores de carros, el que conduce los coros celestes; entre las palabras, la palabra divina» (1).

Este Yo divino, esta sociedad de lo infinito consigo mismo, es evidentemente el fundamento y raíz de toda vida, de toda historia, de toda religión, de toda sociedad particular; esa conciencia del eterno es verdaderamente la plenitud de la duración, más allá de la cual no es posible pasar sin caer en el vacío. Y como esta unidad suprema lo absorbe todo, la pluralidad de dioses, que duermen mezclados y confundidos en el seno misterioso de la grande alma, no existe todavía, pues el hombre, suspendido sobre el Océano del Ser, no ha visto aún surgir del fondo de las olas aquel pueblo de fantasmas, sirenas y avatars. La Venus india no ha nacido todavía de la espuma de las olas del golfo de Bengala; sólo el espíritu ha rozado hasta ahora su superficie. ¿Cómo aquel abismo de idealidad será poblado con las formas de la mitología? ¿Cómo de la unidad nacerá el politeísmo? ¿Cómo el eterno Solitario adquirirá por cortejo la turba radiante de las divinidades corporales que van á llenar muy pronto la imaginación de la India? ¿Dónde están al presente aquellos dioses infantes, que na-

(1) *Bhagavad-Gita*. (Véase la versión española del señor Roviralta.—R. Maynadé, Barcelona, Biblioteca Orientalista.)
—(N. del T.)

cidos de vírgenes y adornados de turbantes y pedrerías, van á despertarse bajo las alas de pájaros estremecidos al primer soplo de la mañana? He aquí una nueva época en el génesis de las religiones. El inmenso lecho de las aguas, que encerraba en su cáliz la primera alma de las cosas, se ha abierto y extendido al sol de los patriarcas, y sus semillas, dispersadas por los vientos, han hecho germinar dioses por todas partes. La oleada del Ser se precipita desde su fuente; la vida se divide; la abstracción se personifica; el pasado comienza á acumularse, y puede ya ser narrado. Ya es tiempo, en efecto, de reemplazar el himno por la narración, los Vedas por las epopeyas, el Orfeo de la India por su Homero.

III

La religión india en sus relaciones con la poesía épica

Una de las funciones vitales de la sociedad consiste en ir descubriendo, unas en pos de otras, las riquezas del pasado, á medida que va ampliando y perfeccionando su desarrollo. Un mismo siglo no ha visto reaparecer á la vez todos los esplendores de la antigüedad, antorchas que sólo sucesivamente y por grados han ido encendiéndose. Desde el momento en que la Edad Media debe salir de su noche, comienza ya Virgilio á despertarse con el genio latino, convirtiéndose en el institutor de la Italia moderna y en guía del Dante que abre las puertas del porvenir. Más tarde, cuando esta fuerza se debilita y el siglo desfallecido tiene necesidad de un segundo impulso, es Homero quien, viniendo de Constantinopla y rodeado del cortejo de los oradores y poetas griegos, sale del olvido, acaba de disipar ante su soplo la Edad Media y crea el Renacimiento. También los grandes hombres modernos obscurécense á veces al día siguiente de su aparición, y quedan como si nunca hubiesen exis-